

Eduardo Daniel Oviedo. *China en expansión. La política exterior desde la normalización chino-soviética hasta la adhesión a la OMC (1989-2001)*. Buenos Aires, 2005

El libro realiza desde la disciplina de las relaciones internacionales, un análisis sistémico sobre la expansión de la República Popular China, pasando de potencia intermedia a gran potencia, tomando los factores internos y externo. El corte analítico temporal va de 1989 a 2001.

La obra se encuentra dividida en dos grandes secciones. La primera consta de nueve capítulos donde se van desglosando los diferentes elementos de análisis para que el lector comprenda cuál fue el accionar de la República Popular China (RPCh) en un contexto internacional dado (factores exógenos) y la situación interna (factores endógenos). Durante el desarrollo de los capítulos, Oviedo va fundamentando y describiendo el accionar de este país, basándose en documentación referenciada, pactos bilaterales o multilaterales firmados, comunicados o discursos oficiales, declaraciones conjuntas entre países y cualquier otro elemento documental, agregando a todo esto el accionar propio de las políticas internas y externa, de la RPCh y las naciones o actores internacionales con los cuales interactúa.

La segunda parte consta de un gran y extenso anexo documental que ocupa 176 páginas de valioso material para fundamentar los análisis que va desarrollando el autor en los diferentes capítulos. En esta parte se puede consultar desde la Constitución de la RPCh en versión castellana, pasando por la Ley Básica (Constitución) de Hong-Kong que acordaron el gobierno británico y el chino antes de entregarse

la soberanía de las islas a este último, hasta el acuerdo sino-estadounidense sobre la entrada a la Organización Mundial del Comercio.

En el *primer capítulo* se realiza el encuadre temporal del estudio. Como se mencionó anteriormente, se toma desde 1989 por la distensión chino-soviética (18 de mayo) y 2001 por ser el año en que la RPCCh entra a la Organización Mundial del Comercio (11 de diciembre). Como todo trabajo académico serio, el autor define la unidad de análisis, en este caso el sistema político, incorporando a las islas de Hong-Kong y Macao como dos subsistemas. De esta manera, se escapa a la noción de estado que es más estática que la de sistema político. Luego realiza una breve introducción histórica sobre el sistema político chino, donde se encuentra una fase de contracción (1840-1943), otra de transición a la expansión (1943-1955), fase de expansión (1955-1989) y finalmente la crisis y continuidad de la expansión en el período estudiado propuesto.

Paso siguiente, se realiza una *caracterización sobre la política exterior china*, describiendo su *visión a largo plazo* –teniendo en cuenta que la noción espacio temporal es la de una cultura con más de 5.000 años de historia– para el manejo de sus negociaciones en el plano internacional. Esto es fundamental para entender el proceso de negociación con Gran Bretaña y Portugal en la restitución de la soberanía china en Hong-Kong y Macao, respectivamente; y la cuestión de Taiwán. El *uso de la negociación pacífica* como consigna fundamental, haciendo uso de *los cinco principios de coexistencia pacífica*,¹ donde la negociación como relación de poder para resolver conflictos con otras potencias es un elemento importante en la armonía entre los actores internacionales y China. La resolución parcial o total en gran parte de las disputas limítrofe es muestra de esta característica. El *abandono de las alianzas estratégicas* ya que luego de la caída de la Unión Soviética se vuelve a una normalización de las relaciones con Rusia y finaliza el entendimiento estratégico triangular con Estados Unidos. El orden bipolar se comienza a desdibujar y la RPCCh enfatiza una política exterior más pragmática y flexible –*acentuación del realismo sobre la ideología*–, funcional a sus intereses, para salir de su virtual aislacionismo “...la República Popular de China tiene lenguaje idealista y práctica eminentemente realista”.² Aquí es donde se unen fuertemente el abandono de las alianzas rígidas, el *rechazo del aislacionismo* y conjuntamente con esto, el auge de la *diplomacia multilateral*. Éstas dos últimas fuertemente vinculadas para entender la entrada y mayor participación de China en todos los organismos internacionales funcionales a su estrategia para alejarse del encapsulamiento regional. Su ingreso al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial, su pedido de adhesión al GATT, la profundización del trabajo diplomático en los organismos

1 *Los cinco principios de coexistencia pacífica*, enunciados por primera vez en diciembre de 1953, quedaron integrados por: la igualdad y el beneficio mutuo, no agresión, no interferencia en asuntos internos, mutuo respeto a la soberanía e integridad territorial y coexistencia pacífica.

2 Oviedo, Eduardo Daniel, op. cit., p. 52.

de las Naciones Unidas, la mayor vinculación con la Comunidad Económica Europea entre otros, hay que entenderlos en este sentido. Pero la adhesión o mayor participación en los organismos de corte económico-comercial, es en correlación con otra característica de su política externa: *la integración a la economía mundial*. Aquí el autor presenta a la RPCh como miembro del oligopolio económico mundial por estar en el año 2001 en 6to lugar, de acuerdo con su Producto Bruto Interno. Prosiguiendo con la caracterización de la política exterior China, Oviedo advierte que es una tautología definirla como nacionalista, ya que todos los estados actúan en función de defender dicho principio.

Finalizando el capítulo, se realiza una comparación de diferentes niveles entre la nación asiática y Estados Unidos: "La expansión política y económica de la República Popular acotó la asimetría de poder con los Estados Unidos, pero no la eliminó. La brecha continuó acotada en los ámbitos de la política exterior, la capacidad militar, el rol en el sistema de seguridad colectiva, la variable económica, el liderazgo, la cohesión ideológica, la integridad territorial y demás atributos constitutivos del poder integral de las naciones."³

En el *capítulo segundo* Oviedo realiza un análisis de los factores internos que repercuten en la política exterior China. Como fundamentales, remarca la tradición autoritaria milenaria del régimen político y la interacción que existe entre éste y la modernización occidental, el fortalecimiento de la sociedad civil, la institucionalización de las prácticas políticas, la influencia de la democracia occidental,⁴ la sucesión en el mando político y el liderazgo institucional del partido, así como también la estructura interna de la política exterior.

Aspectos a tener en cuenta es la multinacionalidad de la RPCh con 55 minorías étnicas y la supremacía *Han* que representa el 93,3 % de la población. Ésta goza del poderío económico y político, favorecido por la modernización económica de la región costera en detrimento de la región centro-oeste; aunque esta desigualdad tiende a ser corregida por la orientación política del partido, buscando modernizar la región centro-oeste. Al régimen político Oviedo lo clasifica como una dictadura totalitaria monopartidista estabilizada (actualmente se presenta como oligárquica, burocrática e institucionalizada antes que personal, carismática y autocrática), con ideología oficial y monopólica y régimen de partido único de masas, existiendo un control policíaco terrorista. Según el autor, la disminución del uso del terror permite al régimen evolucionar desde el monopartidismo revolucionario (maoísmo 1949-1976), al monopartidismo estabilizado, del período pos-Mao. La RPCh también presenta un fuerte control de la comunicación de ideas, monopolio de las armas y dirección centralizada de la economía: "...la gradual privatización y mercantilización de la economía no desplazó a las Empresas de Propiedad Estatal

3 Ibidem, p. 60.

4 Oviedo toma en cuenta la tradición milenaria autocrática, aunque remarca que el pluralismo y la diversidad de ideas es válido para todas las culturas. En esto, según el autor, China presenta graves carencias.

(EPE) como unidades principales del sistema económico. En nada significa que el partido y el gobierno hayan dejado de tener el control de la economía, sino que se han diversificado los sectores e intereses pero todos controlados por el aparato estatal".⁵

El *tercer capítulo* hace foco a los diferentes hechos acontecidos entre 1989 y 1991 y el accionar de la RPCh en respuesta a éstos. Uno de ellos de gran importancia, fue la distensión chino-soviética que alteró el equilibrio Este-Oeste. De esta manera China aumentó su autonomía en el plano internacional, despegándose de Estados Unidos. Con la llegada de Gorbachov al poder hubo un cambio fundamental en las negociaciones, levantándose lo que para China eran los "tres grandes obstáculos".⁶ Luego de la represión en la Plaza Tiananmen, la RPCh. tuvo que enfrentar a nivel internacional, la condena moral por la represión interna. Según Oviedo esta condena encubría la reacción lógica – sanciones – de la superpotencia (Estados Unidos) a la normalización de las relaciones chino-soviéticas. Taiwán aprovechó esta situación para obtener el reconocimiento de su gobierno como representante del estado chino, por parte de pequeñas potencias y el alejamiento de Taiwán del concepto de "una sola China".⁷ La RPCh tuvo que adoptar una diplomacia flexible en busca de romper el aislamiento regional y conformar nuevas relaciones económicas con mercados nacionales próximos, como lo fue con la Unión Soviética, Mongolia, Vietnam y otros regímenes comunistas. Estableció oficinas comerciales en Corea del Sur, relaciones diplomáticas con Brunei, Singapur e Indonesia. A nivel multilateral China ingresó a la APEC, al Movimiento de Países No Alineados y participó activamente en el Consejo de Seguridad de la ONU. Las relaciones con el Japón tendieron a estabilizarse.

En el *cuarto capítulo* (1992-1997) Oviedo describe cómo la RPCh, debido a la desintegración de la Unión Soviética y con una relación más simétrica con la nueva Rusia, se conforma la *entente* chino-rusa. El fortalecimiento de los lazos en el ámbito político, económico, migratorio e inclusive militar, generó con Estados Unidos una fase de predominio del conflicto⁸ por sobre la cooperación⁹ pero sin negarla totalmente a ésta última. Los niveles de conflictividad que George Bush

5 *Ibidem*, p. 86.

6 El primer obstáculo era el problema fronterizo, vinculado a la distensión militar en la frontera común y Mongolia y la resolución de la histórica cuestión de límites. El segundo era el retiro militar de Afganistán, pues la invasión soviética amenazaba la región occidental del país. El tercero el apoyo soviético a Vietnam en su invasión a Camboya, considerado por el gobierno chino como el principal de los tres.

7 Así, Taiwán esboza la idea de conformarse como entidad política independiente.

8 Incidentes navales en el Mar Amarillo y aguas internacionales, la ralentización del proceso de acceso al GATT/OMC, agenda bilateral con temas tales como derechos humanos, piratería, déficit comercial, ventas de armas a Taiwán y la visita de Lee Teng Hui (taiwanes) a EE.UU.

9 Cooperación durante la crisis coreana, y varios asuntos regionales y globales, trato de nación más favorecida y crecimiento del intercambio comercial.

(padre) había querido morigerar, fueron expresados más crudamente con la llegada de Clinton al poder.

El *quinto capítulo* el autor lo dedica a exponer la situación de Hong-Kong y el accionar de la RPCh para la suelta de la soberanía china a la isla, luego de más de un siglo y medio de ocupación británica. Según Oviedo, esto significó el éxito de la diplomacia y de la paz, entregándose el 1ro de julio de 1997 la soberanía china sobre Hong-Kong, constituyéndose la Región Administrativa Especial de Hong-Kong dependiendo directamente del gobierno de Pekín. En la Declaración Conjunta firmada por la RPCh y Gran Bretaña se estipula garantías jurídicas por el lapso de cincuenta años, es decir que las libertades, derechos, garantías, sistema económico-social y estilo de vida será respetado hasta el año 2047.

La importancia político-estratégica reside en el avance del poderío chino sobre el sudeste asiático y el espectacular incremento del poder, acrecentado aún más con la recuperación de Macao (en manos portuguesas) en 1999.

En el siguiente *capítulo* (1997-1999) se destaca una fase cooperativa con la superpotencia, evidenciada con la visita de Clinton y Jiang, a Pekín y Washington respectivamente; plasmándose en la declaración conjunta de 1997 el no tratamiento de la cuestión de los derechos humanos, adoptando posiciones comunes ante el rebrote de la carrera nuclear indo-pakistaní. Se resolvieron los problemas económicos bilaterales acordándose con Estados Unidos el acceso a la OMC. Los bemoles en esta relación vinieron con el estallido de la embajada china en Belgrado¹⁰ y la publicación del informe Cox.¹¹

La RPCh impulsó las relaciones bilaterales y multilaterales de forma sin precedentes, resolviendo temas limítrofes que databan de la época imperial. Así se resolvieron disputas con Rusia, Kazajstán, Tayikistán y Kirguizistán. Se conformó con estos estados mencionados el Grupo Shanghai¹² con China como principal actor, aunque con un liderazgo precario, a ojos de Oviedo.

Las disputas con India no tuvieron el mismo éxito, por lo que los chinos al no poder resolverlas en términos favorables, han mostrado una tendencia a congelar los asuntos para poder proteger sus propios intereses.¹³

En lo económico, la crisis financiera que afectó el sudeste asiático en 1997 tuvo menores repercusiones en China y Taiwán. "La fortaleza demostrada por China al continuar su constante crecimiento económico afianzó al partido, régimen y

10 El 7 de mayo de 1999, el bombardeo de las fuerzas de la OTAN en Yugoslavia alcanzó la sede diplomática china matando a 4 personas. El gobierno de Clinton admitió la responsabilidad y lo planteó como un error de mapas provistos por la CIA.

11 La cámara de representantes estadounidense creó un Comité Selecto de nueve miembros y elaboró un informe que cuando fue parcialmente desclasificado se publicó con el nombre de Informe Cox y donde se acusa a la RPCh de robar información de diseños y tecnología bélica.

12 Primer bloque interestatal de seguridad que tiene a China como principal actor.

13 Visión de largo plazo de las relaciones internacionales.

sistema políticos, pues la administración y resolución de la crisis es cualidad de todo aparato político que se aprecie como moderno e institucionalizado.”¹⁴ El autor presenta números del *Informe sobre Desarrollo Mundial* del Banco Mundial y se observa que la RPCh creció 7,4% en el período 1997-1998, mientras que Indonesia decreció el 14,8%; Tailandia el 7,7%, Rusia el 6,6% y Japón con el 2,6% por citar algunos países

En la cuestión de Taiwán, se reanudó el diálogo y la RPCh abandonó la política de amenaza del uso de las fuerzas, ejercida desde 1995. Aunque luego se volvieron a perturbar las relaciones por declaraciones realizadas por el Presidente Lee Teng Hui.

Por último, se hacen públicas las acciones de la oficialmente llamada “secta” Fa Lun Gong con 100 millones de adeptos, inclusive dentro de los cuadros del Partido Comunista Chino. Motivo por el cual el partido se ve forzado a realizar purgas para mantener la cohesión interna de la institución.

En el *capítulo séptimo* se realiza la descripción de la restitución de la soberanía china en Macao. La forma en que fue llevado a cabo el proceso fue muy similar a la de Hong-Kong, aunque el autor realiza algunos contrapuntos como para marcar diferencias entre la restitución de la primera con respecto a la segunda: 1. Hong-Kong despierta el nacionalismo chino, mientras que Macao no, esto debido a la forma y momento en que fueron ocupadas. 2. Los *estatus* soberanos son muy diferentes entre uno y otro. 3. Las economías crecieron en diferente sentido. Hong-Kong se transformó en centro neurálgico-económico del Sudeste Asiático mientras que Macao se sostenía con el comercio de manufacturas, trasbordo de bienes y casas de juego. 4. Hong-Kong estuvo gobernada por una administración autocrática y dominada por los funcionarios coloniales británicos, mientras que Macao fue administrada por funcionarios enviados directamente de Lisboa, pero con una institucionalización democrática creada mucho antes al comienzo del proceso de retrocesión. 5. Las culturas y sociedades tienen significativas diferencias. En definitiva, la retrocesión de soberanía en manos chinas, generó una relación más favorable de poder relativo en relación a la cuestión de Taiwán.

Luego de recuperar la soberanía China en Macao, Oviedo en el *capítulo octavo* analiza los diferentes tratados firmados por la *entente* con Rusia. También analiza las relaciones con la superpotencia en una fase de cooperación – últimos meses de la presidencia de Clinton. Con George W. Bush, se resalta la conflictividad expresada con el incidente del EP-3 y las ventas de armas a Taiwán; pero luego se vuelve a una fase cooperativa debido a los atentados del 11 de septiembre. Desde la perspectiva del autor, China utiliza hábilmente este hecho para, mientras que critica retóricamente el unilateralismo de la superpotencia, apoyan en temas claves.

El *último capítulo* el autor describe muy exhaustivamente el proceso de entrada de la República Popular China a la OMC y plantea algunos interrogantes a este

14 *Ibidem*, p. 309.

proceso externo pero con repercusión también en el plano interno. “La modernización económica no necesariamente conduce a la democratización. Aunque la interrelación de los sistemas hace que las modificaciones ejercidas en el sistema económico afectan a los otros (...) esto hace pensar que la política no será ajena al impacto de las nuevas pautas económicas, costumbres y conductas (...) Si se cumple con los compromisos asumidos, la adhesión a la OMC es una modificación sustantiva al sistema económico que repercutirá, necesariamente, en los sistemas político, cultural y de la personalidad”.¹⁵

Ciertamente ésta es una obra de una gran rigurosidad académico-científica. Presenta con exhaustividad los análisis de las diferentes variables, respaldada con su extenso anexo con muy valiosos documentos, varios de ellos traducidos al español o en inglés, pudiéndose constatar desde la Constitución China hasta los pactos firmados con Vladimir Putin, la Documentación de la RPCh de ingreso a la OMC o la Constitución de Hong-Kong/Macao (Ley Básica) por mencionar algunos de ellos. El orden en que se presenta la información también es impecable, con una bibliografía documental, una específica y otra general. Los cuadros, gráficos y mapas también exponen la mirada que poseen los chinos sobre sí mismo (a tal punto es de importancia para Oviedo, que tiene un índice para esto).

La relación entre la República Popular de China con Estados Unidos en sus fases de cooperación-conflicto quedan bien evidenciadas y analizadas en el libro. A pesar de esto, hay un punto fundamental que es importante para entender la mutua relación de dependencia entre estos dos países, y es la relación que existe en lo económico-financiero. Estados Unidos posee un fuerte déficit comercial con el gigante chino. Pero no solamente esto, sino que la RPCh es una de las mayores acreedora de los bonos del tesoro estadounidense (actualmente ya sobrepasó a Japón). Esto implica que gran parte del consumo de Estados Unidos (inyectado en el complejo industrial-militar o para consumo masivo) es financiado por China. La superestructura bélica se apoya en este “delicado” poderío económico de Estados Unidos. Creo que éste es un punto donde no se presta suficientemente atención en la obra.

Pablo Alejandro Nacht

Mario Rapoport y María Seoane. *Buenos Aires. Historia de una ciudad.* Buenos Aires, Fundación Banco Ciudad-Editorial Planeta, 2007, 2 tomos de 825 y 876 páginas respectivamente.

Una larga tradición ensayística cultivada en Argentina por lo menos desde mediados del siglo XIX, ha tomado a la ciudad de Buenos Aires, como forma introductoria para pensar los más vastos problemas nacionales. De Sarmiento en

15 *Ibíd.*, p. 382.

Facundo o *Argirópolis* a Manuel Gálvez, en *El diario de Gabriel Quiroga* o *El solar de la raza*, pasando por *Mis montañas*, de Joaquín V. González (en donde era definida por su opuesto) y *La cabeza de Goliath* o *Radiografía de la Pampa*, ambos de Ezequiel Martínez Estrada, pensar a Buenos Aires era una forma de desentrañar los problemas para la construcción de la nación. O la Atenas venturosa, preanunciada en la *feliz experiencia* rivadaviana mancillada por Rosas – fórmula prontamente *stockeada* por el imaginario liberal vernáculo- o la Cartago impiadosa, cosmopolita, pura codicia, que vivía de espaldas al verdadero sentir nacional, que latía en el interior natural, provinciano, siestero, irredento y olvidado, imagen tardodecimonónica inspirada en el modernismo y el arielismo, que no demoró en formar parte de los variopintos revisionismos, desde el nacionalismo cultural del centenario, hasta la versión con modulaciones marxistas popularizada en los años sesenta y setenta del siglo XX.

Quizá no haya muchos casos en la historia de la formación de los estados y naciones modernos, en donde la omnipresencia de una ciudad y la región que se va construyendo con ella (Buenos Aires y la Pampa húmeda) haya ocluido por tanto tiempo la construcción de una historiografía que no parta de ella misma (no *pampeanocéntrica*), que contemple otras perspectivas regionales. Y si esto es así, ¿vale la pena un libro más sobre Buenos Aires? ¿Sigue siendo una puerta de entrada para entender a la Argentina? ¿Es territorio firme para pensar la cuestión urbana, las nuevas migraciones, las nuevas síntesis culturales que éstas provocan, la cultura popular, la política? Mario Rapoport y María Seoane piensan que sí, y por eso han acometido con la escritura de una obra que no por extensa, resulta extenuante y tediosa. Si bien quien la encare tendrá que tener a su disposición el factor tiempo – qué menos puede pedir un libro- su lectura, más allá del rigor en la investigación que sustenta la obra, no le pide al lector más que la curiosidad y la ardiente pasión por la ciudad de Troilo y González Tuñón, sus recorridos culturales, su conformación espacial geográfica y socioeconómica, en fin, por su historia, interpretada ésta, valga la redundancia, en términos holísticos. Y no es poco.

Dos tomos bien condimentados en páginas, divisiones capitulares que siguen sendas cesuras en el devenir histórico (el ochenta, la ley Sáenz Peña y el radicalismo, los años treinta, el peronismo, etc.), y a su vez núcleos temáticos como subcapítulos (la sociedad, la economía, la cultura, la política) organizan la obra y guían la lectura. El libro sobrevuela rápidamente la aldea colonial y revolucionaria poscolonial con sus fundaciones, hambrunas, imperios en disputa, contrabandistas, jacobinos trágicos, comerciantes y estancieros, para ir directo y abundante a lo que los autores denominan – no sin razón- la «tercera fundación» de Buenos Aires, en el marco del orden oligárquico y el modelo agroexportador, a principio de la década de 1880: el paso de la *Gran aldea*, esa ciudad pequeña y patricia- de aguateros y conocidos galantes que pasean luego de la siesta, donde las tías prudentes eran partidarias del general Mitre-, a la *metrópoli*, espacio horadado por las modernas clases sociales en formación y sus conflictos inherentes, la opinión pú-

blica con su prensa ya multiplicada -alguna obsecuente, pero mucha corrosiva e incisiva-, la piqueta *haussmaniana* de Torcuato de Alvear, la *burguesía áurea* que horrorizaba a Cané y ponía en guardia a Ramos Mejía, y el aluvión inmigratorio, que crea una inesperada Babel por fuera del texto bíblico en el sur del mundo, pero también trae el anarquismo y el socialismo, el prostíbulo a granel - en la Buenos Aires de fines del siglo XIX y principios del XX, ciudad de hombres solos, hay doscientas y tantas escuelas públicas... y dos mil casas de «mala vida»- y el organito, que ya sabrá aprovechar Ángel Villoldo. Cual profeta de tiempos y cambios terribles, la obra pone su lente en las vísperas de este despegue caótico: un proceso cruento-soslayado muchas veces en el sentido común sobre el pasado de la ciudad- que cierra un ciclo de setenta años de guerras civiles en el marco de la formación del estado nacional: la federalización de Buenos Aires.

Los varios miles de muertos en una ciudad con varias de decenas de miles, marcan la dureza de la confrontación entre la nación y sus ejércitos de línea con Roca- el futuro presidente de la «paz y la administración»- a la cabeza y la provincia de Buenos Aires, con su guardia provincial, en los Corrales, Barracas y Puente Alsina. Hombres fogueados en la aún más cruel guerra del Paraguay y el exterminio de los pueblos originarios, son el *ejército nacional*, y a puro Remington y ametralladoras Krupp, marcan el fin de un ciclo - el de la impugnación al poder central- que sin embargo será siempre invocado por los conservadores - y por Roca hasta su muerte- a la hora de defender la necesidad de la venalidad del fraude y de los gobiernos electores. Es el costo de la expropiación, no sólo de unos cuantos cientos de kilómetros cuadrados a la provincia (la traza actual de la ciudad con los viejos *pueblos* de Belgrano y Flores incluidos, es de 1883), sino fundamentalmente de la construcción del monopolio de la violencia estatal nacional, en su sentido más puro y weberiano. La tarea de limpieza comenzada con la *razzia* de los coroneles mitristas en el interior díscolo a comienzos de la década de 1860, termina - como una paradoja- veinte años después, con una dosis de violencia no menor, en la ciudad y en la provincia que habían sido de alguna manera, la base de despegue de este experimento estatalista.

El libro nos lo pone en negro sobre blanco: sumergida en la vorágine de la modernización- ésta entendida como la formación de una sociedad urbano-metropolitana, con plena hegemonía de las relaciones capitalistas- Buenos Aires olvida pronto los costos de su nacionalización: sus habitantes son ahora *porteños*, la provincia será *bonaerense*, e irá a buscar su capital en las diagonales de Dardo Rocha. Pero el texto nos trae una controversia, que *bienvenimos* en los años que corren: este proceso de crecimiento es otra vez puesto bajo la lupa crítica. ¿Por qué decimos *bienvenimos*? Es obvio para muchos profesionales, estudiantes, consumidores y *ciudadanos de a pie* de la historiografía local, que en los últimos veinticinco años se ha producido una revalorización del período genitivo del capitalismo argentino en toda la línea. Lo que muchos creemos que es una *línea de ajuste ascendente*, en la manera de entender el pasado argentino. Así, el modelo agroexportador y los

terratrattentes pampeanos, se convirtieron en las opciones más racionales y modernizadoras para su momento, y el capital imperialista, una desmesura ideológica; en el plano político, el orden conservador, también es una opción presa de las circunstancias epocales – preocupado por la disolución centrífuga y la impugnación al orden central-, demostrando siempre la intención reformista de una fracción importante de la elite; en el mundo del trabajo se encuentra la temprana vocación estatal de intervención, preocupada sí por las aristas revulsivas del anarquismo, pero también movida por ansias de igualdad e integración de las masas laboriosas. Y las proyecciones sobre la ciudad de Buenos Aires, también fueron revalorizadas en tono liberal reformista. El «mercado» no performó a la ciudad, sin más: hubo una temprana vocación interventiva estatal reformista, que tomó nota del aluvión inmigratorio, y de lo que éste implicaba en término de crisis habitacional y sanitaria, e impulsó el crecimiento de la ciudad hacia el oeste, poniendo límites al «mercado». A contrapelo de todo esto, nuestro libro en cuestión trae el crecimiento, la modernización, la inmigración aluvional; pero también el contubernio propio de la época en lo que a inversiones en infraestructura se refiere (luz, agua, servicios, transportes, comunicaciones, puertos, etc.), los límites del modelo agroexportador; la falta de planificación en materia urbana, las condiciones de vida de los inmigrantes, que en nada se asemejaban a las promesas de los agentes representantes del gobierno argentino en Europa, la venalidad del régimen político y las dudas y temores que las clases dominantes tenían a la hora de pensar su reforma.

Sin prisa pero sin pausa, la obra desgrana los cambios en la sociedad porteña, vértice de esa suerte de abanico (tal la frase de Alejandro Bunge, especialmente citada) que es el crecimiento y la transformación de la Argentina, a partir de la región pampeana, transformación que, de todos modos, no será igual de penetrante en las provincias más alejadas. Pero Buenos Aires sí es refundada: la inmigración no sólo inspira el devaneo *leboniano* de Ramos Mejía y el terror de Miguel Cané o Lucio V. López – hijos de las «familias fundadoras»-, sino que principalmente coadyuva a la formación de un mercado de trabajo y una masa obrera que oscilará sus lealtades entre las organizaciones político-sindicales de clase – entre mediados de 1880 y el Centenario se cristalizan los variopintos anarquismos, el socialismo argentino, el movimiento sindical y todo un circuito de liturgias, ritos, prensa y costumbres que solidifican una cultura obrera e izquierdista en la ciudad – y las más amplias y policlasistas organizaciones mutuales nacionales de origen, que incluyen también sociedades de beneficencia, hospitales, bancos, escuelas, etc. Este mar humano no sólo cambiará la fisonomía, los gustos y la culinaria de la ciudad, sino también trastocará la agenda política del estado y las clases dominantes. Si ésta había estado signada anteriormente por los temas centrales del siglo XIX - los problemas inherentes a la formación del estado nacional, del régimen político, del modelo económico – el nuevo escenario traerá la preocupación sobre las masas obreras y la peligrosidad del anarquismo, (la cuestión social), la crea-

ción de la nacionalidad, *con determinados contenidos*, necesidad ahora acuciante debido al alto porcentaje de extranjeros en la población total del país – dato aún más agudo en la Capital y en la región pampeana- (la cuestión nacional), y la tarea de reformar el régimen político incorporando a un actor – el radicalismo- que verá favorecer sus chances gracias a esta nueva realidad demográfica (la cuestión política).

La cuestión social y la nacional se encuentran refundidas en un solo sujeto – el inmigrante- que es trabajador y extranjero a la vez, y la solución pergeñada combina grandes dosis de represión abierta, combinada con gotas de culto patriótico desparramado por la escuela *normal*, con claros objetivos disciplinatorios. El aparato represivo ciudadano también se irá amoldando a esta situación: las leyes de Residencia y Defensa Social, completan el cuadro con una Policía Federal cada vez más *lombrossiana*, que ya no persigue sólo vagos y mal entretenidos, sino también tanos, gallegos o judíos que –cierto o no- cree agitadores maximalistas. La cuestión política se salda con la promulgación de la ley Sáenz Peña en 1912, efectivizando la ciudadanía política para todos los varones adultos nacidos en el país o nacionalizados, lo que posibilita que el radicalismo se haga del gobierno nacional en 1916, y que el socialismo reformista de Juan B. Justo se constituya a futuro, como una de las principales fuerzas políticas de la ciudad de Buenos Aires, dando por tierra a los gobiernos electores que caracterizaron al régimen oligárquico fraudulento del ochenta.

La cultura de la ciudad también se ve transformada por este vendaval, y el libro lo hace claro. Pero no sólo en los palacetes de la *gente decente*, - eufemismo de la época para nombrar a la burguesía oligárquica triunfante- concentrada en un recorrido afrancesado, atiborrado de objetos comprados en las casas más notables y caras de Europa, o en las obras que el propio estado encara para renovar el parque edilicio y la infraestructura de la ciudad o para escenificar su apogeo, sino también en el submundo arrabalero de la cultura popular, donde el tango comienza su derrotero de música prostibularia y festiva plagada de letras procaces y con doble sentido (*Echale aceite a la máquina*, *Sacudime la persiana*, *El fierrazo*, así son los títulos de los primeros tangos) que erizaba la piel de Lugones, a música ciudadana, más extendida y popularizada, pero también más disciplinada, menos procax y riesgosa, hasta adoptada por la *gente decente*, que lo baila tanto aquí como en París. El antes mencionado Villoldo comienza este periplo de *piringundín* en *piringundín*, pasa de la procacidad de *Dejala morir adentro* a la sencillez barrial de *La morocha*, luego seguido por Eduardo Arolas, que amplía el público e incorpora lo que sería su instrumento emblemático – el bandoneón-, para concluir en los bordes de la primera guerra con un género que anuncia lo que vendrá: Gardel cantando *Mi noche triste*, de Contursi, y orquestas que incorporan músicos con formación académica como De Caro y Cobián, que crearán las condiciones para las grandes orquestas y composiciones de décadas posteriores. El folletín, el teatro, la zarzuela, el circo de los Podestá y más tarde el «biógrafo», también son

recorridos por la obra como parte de una cultura popular citadina vital, comunicada por «mil sutiles hilos» con circuitos de alta cultura reservados para las clases pudientes, y con espacios signados por la cultura obrera militante, representados por los centros socialistas, las casas del pueblo anarquistas, los periódicos, los proyectos editoriales, las lecturas y la conferencia, y —aquí sí un punto de contacto concreto con la más basta cultura popular— el teatro. De estos años que van desde su *tercera fundación*, al Centenario, es el *barrio*; más que una incorporación sin más trámites de los pueblos de la pampa que quedaron dentro del trazado, un nuevo núcleo de construcción de sociabilidad política con sus sociedades de fomento, sus parroquias y bibliotecas populares, hito característico de la fisonomía y la mitología porteña que el libro señala, e instrumento de cierta forma de movilidad social ascendente.

A esta altura de su desarrollo la obra no deja dudas: Buenos Aires es un escenario de magnitud del acontecer nacional, una vidriera que multiplica imágenes y ofrece patrones de conducta al resto del país (la Argentina de clima templado «blanca, europea, de clase media» fue ofrecida por los medios radiales y gráficos de la ciudad como «normalidad y patrón deseable para todos» tempranamente). Como era esperable, el acceso del radicalismo al gobierno nacional plantea novedades en la política porteña. Éste es un partido de nuevo cuño, con sus comités y sus punteros, que si bien son formas no ajenas al conservadurismo oligárquico, toman nuevo sentido, en un contexto en donde la actividad política ya no es sólo llevar adelante el fraude con la maquinaria electoral y punteril para producir un escrutinio previamente acordado, sino construir legitimidad en el día a día dentro de una sociedad civil cambiante. La herramienta del estado y el empleo público, e Yrigoyen en el sillón de Rivadavia, le permiten al radicalismo ampliar su base social en los sectores medios de la ciudad, en muchos casos hijos de los inmigrantes venidos pocos años antes. Esta nueva conformación del radicalismo, que transmuta de partido creado por una fracción de la elite descontenta a partido de masas policlasista, que contiene en su seno a los nuevos sectores medios ciudadanos con ansias de ascenso social, trae la tensión y las tendencias internas — personalistas *yrigoyenistas* vs. *antipersonalistas*— que signará la política porteña y argentina durante los años veinte. Siendo el radicalismo un partido que no se ha caracterizado a lo largo de su historia por las grandes definiciones programáticas, esta división nuclea en su ala *antipersonalista* a mucho del conservadurismo que no ha podido reponerse de la derrota de 1916, que comienza impugnando a Yrigoyen y a su *chusma*, para terminar, aterrado por los sucesos de la Semana Trágica de 1919 y la Revolución Rusa, deslegitimando a la democracia toda, no tanto por su accionar, sino por su incapacidad para reprimir y contener a las masas y sus reclamos. Este derrotero ideológico de la derecha, que se atisba en los veinte, se hará definitivamente perceptible en los años treinta y en el golpe de estado que derroca a Yrigoyen.

El socialismo- la otra fuerza que emerge poderosa en el escenario porteño luego de 1916- también sufrirá tensiones que se cristalizan en rupturas y nuevas organizaciones: el socialismo independiente de De Tomaso y Pinedo por derecha – que a la postre integrará la Concordancia de los treinta- y el socialismo internacionalista luego Partido Comunista por la izquierda, ruptura que respondía no sólo al debate producido en el movimiento obrero y en la izquierda mundial por la Revolución Rusa, sino también a tendencias confrontativas previas entre el socialismo reformista de Justo y Repetto y grupos de izquierda dentro del partido. En este sentido, el libro va a mostrar un cambio cualitativo en la política *de* la ciudad y *para* la ciudad en los años veinte: el fortalecimiento del Concejo Deliberante, que va dejando de ser un mero apéndice del poder central en este período y se transforma en caja de resonancia de los debates sobre cómo gobernar una urbe de estas características, tanto en las fuerzas nacionales – radicalismo, socialismo, demoprogresismo- como en fuerzas locales de carácter vecinalista, pone en negro sobre blanco que la ciudad se ha transformado en un tema fundamental de debate para todo el arco político. Ya no es un apéndice en el galimatías de la formación estatal nacional, sino un tema *en sí*. Al decir de Mario Bravo, dirigente socialista citado en la obra:

«la ciudad de Buenos Aires no es ya la vieja aldea que podía ser gobernada por una comisión de vecinos más o menos honorables, más o menos ancianos; la ciudad de Buenos Aires es la segunda capital latina del mundo (...); no se puede considerar ya a la capital como una simple aglomeración de vecinos (...) Un millón y medio de habitantes exigen la participación del mayor número de ciudadanos».

De esta manera, la municipalización de los servicios públicos, la política de viviendas, el fortalecimiento de los barrios como núcleos básicos de sociabilidad y cultura porteñas y la educación, serán temas de debate imposibles de obviar para quien quiera hacer política en Buenos Aires.

Los años veinte marcarán un sostenido crecimiento industrial dentro de la economía argentina -aún en el marco de la preeminencia de los negocios agroexportadores- que fuerzan cambios en la fisonomía de la ciudad, en la capacidad de recaudación y gestión de la Municipalidad y en su composición social. Si bien se solidifica la imagen de una urbe de clase media – con sus ritos y costumbres- muchos barrios – Barracas, Pompeya, la Boca, Parque Patricios en el sur, Villa Crespo y Paternal en el centro geográfico- son lugares en donde se preanuncia la industrialización sustitutiva que se hará hegemónica en las décadas siguientes, en rubros como alimentos, textil, madera, metalúrgico, -rubros manufactureros no necesariamente adheridos al esquema agroexportador- con gran presencia obrera, que conlleva una prolífica actividad político sindical, que acrecienta y complejiza las tendencias político culturales dentro del mundo trabajo solidificadas en el período anterior en la ciudad y el inmediato Gran Buenos Aires (Avellaneda, Lanús,

Dock Sud); dato éste último muchas veces ocluido en la historia oficial de Buenos Aires, historia que *cierra* con esta imagen monolítica de urbe de sectores medios en permanente movilidad social ascendente, que así se despoja de una explicación histórica consistente para acontecimientos como la Semana Trágica de 1919, la Huelga General de 1936, o el 17 de octubre de 1945 – en dónde los trabajadores son todos literalmente «importados» del Gran Buenos Aires, ajenizando este hecho de los asalariados de la ciudad- conflictos y movilizaciones obreras que conmovieron a la metrópoli y al país.

Así, Buenos Aires – dato claro en el libro- es ya hacia finales de los veinte, una gran urbe *refundada*: su sistema de transporte- el primer tren subterráneo del continente, el tranvía, los originales «colectivos», los taxis - la generalización de los distintos servicios públicos, la infraestructura renovada, la alfabetización masiva de su población, el crecimiento de la prensa escrita y radial – ésta última un elemento clave que explica en gran medida la masificación del tango canción, junto con el tango danza, al lado de la vitrola para escuchar a Gardel o a Corsini-, el gusto por un consumo cultural exigente y conoedor –la pasión por el jazz reconoce su origen en este tiempo-, la autonomización y crecimiento de los campos intelectual, literario y artístico con sus circuitos y publicaciones -hecho poco perceptible en el resto del continente por estos años- y el *carácter* de los conflictos económicos, sociales y políticos – con las instituciones y los actores que se encuadran y construyen a través de éstos- indican la consumación del ciclo modernizador abierto cincuenta años atrás, en 1880. Un dato falta en esta enumeración, cuya ausencia no hace justicia a la obra: la popularización del fútbol y los diferentes *clubes*, adheridos éstos de manera estrecha a la identidad barrial, y silentes colaboradores en la nacionalización e integración de las masas inmigratorias, es de estos años, y preanuncia matrices exitosas en la generación de identidades que perviven hasta nuestros días.

El libro nos introduce luego en la década del treinta, años paradójales que dejarán su huella en la ciudad: por un lado, una descripción fina de la reinstalación del fraude electoral a través del golpe de estado, que vicia el sistema político, colocándolo en la incapacidad de construir hegemonía dentro de la sociedad civil, poniendo en el centro de la escena la proscripción y la violencia represiva. Y por otro, los cambios novedosos ocurridos en la estructura económica, como el crecimiento industrial y el aumento de la capacidad interventiva del estado, respuestas heterodoxas a la crisis económica mundial, que da definitivamente por tierra el anterior modelo de inserción económica internacional de Argentina; heterodoxia que no evitó la desocupación, la «mishiadura» y la proliferación de «crotos» en los primeros años, y el desmejoramiento de la vida obrera en la segunda mitad, a pesar del crecimiento industrial y el atenuamiento de la crisis. Desde esta doble condición, la *década infame*, tal el mote para esta época acuñado por el periodista José Luís Torre, es algo más que una mera restauración conservadora, y porta innovaciones que de alguna manera constituirán el marco general de la economía y la sociedad argentina para las próximas décadas.

Las páginas recorren con detalle la negación de la ciudadanía que se plasmó en los gobiernos de la Concordancia en estos años (entente formada por los viejos conservadores, los socialistas independientes y los radicales antipersonalistas), en donde el parlamento siguió funcionando con la abstención electoral del radicalismo hasta 1935, y una fuerte presencia socialista y demoprogresista. Congreso caracterizado por su incapacidad para frenar las iniciativas de la elite gobernante, y también por funcionar como recinto de denuncia de los negociados más escandalosos a nivel nacional – el «negociado de las carnes» denunciado por Lisandro De la Torre – y a nivel municipal – el caso de corrupción vinculado a la CHADE, la entonces empresa de electricidad de la ciudad. Una ciudad que se verá también interpelada por la crisis del liberalismo y la democracia representativa como imaginario y forma de construcción de la legitimidad política – quizá nada la ejemplifique mejor que *Los siete locos*, de Roberto Arlt– por el crecimiento de los diversos nacionalismos – el *forjista* de Scalabrini Ortiz y Jauretche, pero también el católico integrista de *Criterio* y monseñor Franceschi– y del Partido Comunista, que se convertirá en la fuerza de izquierda más activa y creciente dentro de la clase obrera y el movimiento sindical en la segunda mitad de la década, - y también en blanco predilecto de la política represiva del estado– actores éstos revitalizados por el crecimiento industrial y un nuevo proletariado de origen migrante interno, tema de álgido debate en la historiografía local a la hora de pensar los orígenes del peronismo. No podía estar ausente en este derrotero el impacto de la Guerra Civil Española en Buenos Aires. El conflicto dibujó zonas, adyacencias, lealtades e itinerarios: la ciudad fue también un pequeño frente de batalla en donde los dispositivos culturales – más sobresalientes los prorepublicanos– se pusieron al servicio de la guerra. González Tuñón, y su *Rosa blindada*, construían causa común con las ediciones de *Claridad* y Antonio Zamora, la intelectualidad demoliberal, y el diario *Crítica*, para que Madrid fuera la tumba del fascismo, contra el ¡*Arriba España!* del catolicismo integrista y el nacional falangismo del generalísimo, que despertaba no pocos admiradores en las elites locales civiles, religiosas, y militares, desencantadas del liberalismo decimonónico y en franco encandilamiento por los nazi-fascismos de la Europa de entreguerras. Pero no era sólo un devaneo intelectual o cultural: las sillas y las mesas volaban por sobre las cabezas en la Av. de Mayo – aquel *boulevard* de Torcuato de Alvear– recreando la defensa de Madrid o el alcázar de Toledo a pequeña escala en el sur del mundo. Paradojalmente, del drama de la segunda república española, Buenos Aires se verá gananciosa: intelectuales, escritores, actores, poetas, editores, músicos y gentes de arte que escapaban de la barbarie fascista de Franco, encontrarán refugio y enriquecerán la vida cultural de la ciudad hasta los años sesenta y setenta, cuando una tragedia similar toque a sus puertas. El tango, que culmina su derrotero de los arrabales al centro con las grandes orquestas, el fútbol, ya «pasión de multitudes» ¡(¿y de elites?) y el café como sitio de reunión, completan una marca en el orillo de la ciudad galvanizada en estos años, aún constatable.

El advenimiento del peronismo en los años cuarenta y cincuenta magnifica en

la ciudad las confrontaciones políticas, culturales, sociales y económicas que recorrerán al país todo: Buenos Aires, tomada por obreros y «cabecitas negras», (esos migrantes internos que escuchan a Antonio Tormo) que ya no se contentan con ser paseantes contrabandeados y mimetizados en sus ropas domingueras y pequeñoburguesas; la plaza histórica es tomada (y resignificada, con una resignificación que dura hasta hoy día), «expropiada» a las clases medias y pudientes, que atónitas observan el nuevo espectáculo, como correlato de una experiencia política que *democratiza el bienestar*, con el estado, el mercado interno, la industria y los sindicatos como herramientas básicas. Nada más otear las opiniones de la prensa de la época – desde *La Vanguardia* a *La Nación*– que el libro ofrece, y su caracterización del 17 de octubre y del peronismo en general, para percibir que los aqueja un sentimiento de ciudad tomada por sujetos que consideran ajenos a las tradiciones de la urbe moderna (carnavalescos, turbamulta, lúmpenes, grotescos, pero nunca *verdaderos* proletarios).

Pero esta ciudad no sólo es plebeyizada por la apropiación de los espacios públicos que hacen las clases populares *realmente existentes*, apropiación que coadyuva también en su formación como tales: la inversión pública, la salud, el espacio fabril, el consumo popular – no ya sólo en sus formas básicas, sino también en el esparcimiento y el tiempo libre– le dan un color que reafirma lo dicho anteriormente: una ciudad con fuerte presencia obrera y popular, que define dentro del peronismo – muchas veces muy a pesar de éste, con apetencias iniciáticas más corporativas – la construcción de un *ellos* (contreras, *garças*, gorilas) y un *nosotros* (cabecitas, negros, descamisados) que preanuncia décadas de conflicto de difícil resolución. Gobernar con *nosotros* será complicado, pero sin *nosotros*, imposible. La ciudad y las masas: nupcias previstas por un Irazusta aterido, ante el espectáculo del entierro de Yrigoyen, pocos años antes. Ciclo bien descrito por nuestra obra en cuestión: abierto por el radicalismo, en donde se jugaba la ampliación de la *ciudadanía política* – libreta cívica en mano–, se completa con el peronismo y la *ciudadanía social*, en donde lo que se blande es el *carne* de afiliación sindical. Esta presencia obrera que puebla instituciones y espacios que antes le eran extraños (ministerios, gobernaciones, congresos, embajadas, etc.), indisponde para con el peronismo no sólo a las clases pudientes, sino a buena parte de las clases medias, el otro sector social de peso de esta ciudad trastocada, a pesar de ser ellas también grandes beneficiarias de las políticas distributivas de Perón; lo que transformará al escenario porteño – y al país todo– en campo de batalla, en donde se disputan proyectos políticos con escasa capacidad de acuerdo, y a una parte de esas clases medias en masas aprobatorias y ejército de maniobras de cuanto plan golpista o impugnador del orden democrático se intente o concrete entre los años cuarenta y nuestro presente conflictivo, acontecimientos en donde se pueden adivinar, sin mucho esfuerzo, los intereses de las fracciones más concentradas del capital, local o extranjero.

Este primer itinerario peronista, que el libro aborda desde Buenos Aires, no podía dejar fuera los cambios en la cultura y las artes porteñas, porque quizá no

haya otro lugar en el país en donde éstos se puedan percibir mejor, en toda su magnitud: si es verdad la democratización del bienestar antes aludida, el cine, el teatro, la radiofonía, la prensa – la industria del «tiempo libre»- sufren un *boom* con nuevos y masivos consumos, inaugurando por varias décadas «la Buenos Aires que no duerme» – imagen con rango mítico a estas alturas- en donde orquestas de tango, de jazz, confiterías, cafés, salas de cine, teatro, librerías, restaurantes (sean refinados, o populares pizzerías o bodegones) no dan abasto.

La segunda parte de la obra acomete con el período que se abre con el derrocamiento del peronismo, llegando casi hasta nuestros días. Buenos Aires es aquí teatro de grandes convulsiones sociales – que ahora no son su privilegio, dadas las explosiones de ira popular en Córdoba, Rosario y Mendoza a finales de los 60- pero también de profundas transformaciones políticas, sociales y culturales. El golpe de 1955 abre un período de gran conflictividad, al expulsar absoluta o parcialmente al peronismo del sistema político. Esta decisión tendrá consecuencias impensadas para quienes la impulsan: radicalización de amplias franjas de la sociedad, ingobernabilidad, y sobrepresencia de la estructura sindical peronista, al ser en los hechos depositaria de la representación sindical, pero también de la política, al navegar el peronismo político entre la semilegalidad y la ilegalidad.

La industrialización sustitutiva entra en una etapa más compleja – la desarrollista- que tiene al gran capital monopólico transnacional como protagonista y a nuevos sectores- automotor, petrolero, petroquímico, comunicaciones, laboratorios- como emblema. Esto trae aparejado cambios en la estructura social y económica, pero también en las costumbres: otro proceso de modernización y puesta a punto – diferente y similar al iniciado ochenta años antes- deja su huella profunda y paradójica en los porteños. La inestabilidad política y el crecimiento económico conflictivo del *stop & go*, bien desarrollados por el libro y – nobleza obliga- por las ciencias sociales en los últimos treinta años, no obtura los cambios de una sociedad porteña menos mojigata y más acorde con el espíritu contracultural y contestatario de los sesenta. Una sociedad más conectada con los cambios internacionales, conexión que no pasará desapercibida para las izquierdas: los procesos revolucionarios de Asia, África y América latina (en especial la Revolución Cubana) impactarán en ésta fuertemente, portando nuevas categorías y esquemas de análisis que tendrán no pocas consecuencias a la hora de la acción.

No en vano muchos protagonistas de la época hablan de la existencia de un verdadero «partido cubano», dada la influencia de este modelo en todas las organizaciones: la guerra de guerrillas y la teoría del foco, la toma del poder vía la violencia revolucionaria, y la voluntad guevarista como elemento constitutivo de una nueva ética militante, que ahora se precia de mirar de reojo y con desconfianza a las benditas condiciones objetivas. Esta situación, más la recategorización del peronismo – antes homologado a los nazi-fascismos de la Europa de entreguerras, ahora un movimiento de liberación nacional modelo Nasser o la Argelia antifrancesa- son la nota de una *nueva izquierda*, a veces producto del fraccionamiento de grupos provenientes de los viejos PC o PS, a veces transformaciones producidas

en organizaciones del archipiélago peronista, del trostkismo o del nacionalismo de poncho rojo, tacuara y cruz en pecho. Nueva izquierda que tendrá también – asumiendo quizá sin saberlo en ese entonces- una herencia de sus antecesores: publicaciones, ritos, lecturas y prácticas identificatorias que dejarán su huella en la cultura de la ciudad, desde *Contorno* a *La rosa blindada*, pasando por *Gotán* o la librería Hernández.

La vestimenta, los consumos musicales, literarios, plásticos –en dónde se vislumbra un horizonte vanguardista en torno al Di Tella, pero también otro revolucionario en Tucumán Arde- la masificación del psicoanálisis -a punto tal de constituir Buenos Aires una suerte de capital *lacaniana*, junto a París- y una nueva moral sexual que se ejerce como placer, pero también como contestación en la esfera pública y no como opción vergonzante, construyen un tópico de época completo, si no se obvia la masificación de la universidad pública -con la UBA como abanderada- y la fuerte y también criticada renovación de las ciencias, en especial las sociales, correlato de todo un proceso de puesta a punto que el desarrollismo impulsa. La música de fondo de este proceso no está dada ya por la casi virginal orquesta típica: Piazzolla ensaya un tango *bartokiano* para escuchar en salas y *café concert*, discontinuo, violento y espasmódico, insolente de la advertencia troileana: «Gato con esto te vas a morir de hambre, no se baila».

A esta altura de nuestra lectura, el libro nos ofrece una certeza: este maremoto de renovación y contestación – que sí tuvo a grandes franjas de las clases medias como protagonista- adherido a Buenos Aires como una segunda piel, no podrá ser ni totalmente canalizado por el peronismo de los setenta, ni absolutamente obturado por el terrorismo de estado de la dictadura militar del Proceso, más allá de sus objetivos reestructurantes de la sociedad argentina toda. Hoy Buenos Aires es una ciudad en donde las heridas de estos años, más neoliberalismos recientes, tiene rango notorio: exclusiones, miserias y marginalidades, muestran diferenciaciones sociales, que obturan su memoria de ciudad homogénea, de clases medias y movilidad social ascendente, pero que sigue siendo depositaria de una riqueza cultural y un capital herético poco perceptible en otras urbes. Nuevas migraciones -con sus costumbres, sus culinarias de olores y sabores más ajenos- plantean nuevos desafíos, con viejos aromas: la lucha contra el racismo y la aceptación de lo diferente.

Comenzamos preguntándonos si valía la pena un libro sobre Buenos Aires; creemos que la respuesta está en el desarrollo un tanto catarático que precede estas líneas, que obviamente no da cuenta de todo su contenido. Útil para buscar lo difícil de encontrar sobre la historia porteña, para auscultar su nuevo entramado social, económico, político y cultural, echando una mirada sobre su pasado. Y para pensar –como porteños- las nuevas subjetividades que van desarrollándose en nuestra ciudad. Ésa en donde - para gloria o escarnio- dios, que está en todos lados, atiende.